

LA RELIGIÓN Y LOS GUARDIANES DE LA TRADICIÓN*

FRIEDRICH A. HAYEK

La religión, incluso en su forma más burda, sancionó las normas morales mucho antes de la era del razonamiento artificial y de la filosofía.

ADAM SMITH

Y otros reputaron poco sensato seguir siempre lo que dicta el corazón.

BERNARD MANDEVILLE

LA SELECCIÓN NATURAL A TRAVÉS DE LOS GUARDIANES DE LA TRADICIÓN

Antes de concluir esta obra, quisiera hacer algunas observaciones informales —no pretenden ser otra cosa— acerca de la relación entre el tema de este libro y la función de las creencias religiosas. Estas observaciones pueden desagradar a algunos intelectuales, pues sugieren que éstos, en su largo conflicto con la religión, se han equivocado muchas veces y a menudo no han sabido valorar los contenidos de la religión.

Nos hemos referido en repetidas ocasiones a la desgarrada situación en que la humanidad se ha encontrado entre dos formas diferentes de ser. Por un lado, están las actitudes y emociones propias de los pequeños grupos, en los que la humanidad ha vivido durante más de cien mil años y en los que los miembros de la colectividad se ayudan unos a otros persiguiendo unos fines comunes. Curiosamente, estas arcaicas actitudes y emociones son hoy

* *Hayek sobre Hayek y La Fatal Arrogancia*, Unión Editorial, Madrid 1997, pp. 363-371.

defendidas por ciertas tendencias racionalistas y por el empirismo, el hedonismo y el socialismo asociado a las mismas. Por otro lado, tenemos el más reciente desarrollo en la evolución cultural, según el cual ya no servimos principalmente a nuestros allegados inmediatos ni perseguimos fines comunes, sino que se han formado unas instituciones, unos sistemas morales y unas tradiciones que han producido y en la actualidad mantienen un número de individuos enormemente superior al existente en etapas anteriores, individuos que, en buena medida pacíficamente a través de la competencia, persiguen una multiplicidad de fines diferentes elegidos por ellos mismos en colaboración con otros miles de personas a quienes jamás conocerán.

¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cómo pudieron transmitirse de generación en generación unas tradiciones que a veces resultaban incómodas e incomprensibles, cuyos efectos, por lo general, era imposible apreciar y prever y contra las que, incluso, se combatió apasionadamente?

Una primera respuesta podemos encontrarla en la idea de la que parte esta obra, es decir la evolución del orden moral a través de la selección de los grupos: sólo los grupos que se comportan conforme a ese orden logran sobrevivir y prosperar. Pero hay algo más. Si estas normas de conducta no surgieron de la comprensión de los beneficiosos efectos producidos por el establecimiento de un extenso orden de cooperación hasta entonces inimaginable, ¿de dónde pudieron surgir? Y, más importante aún: ¿cómo pudieron vencer la fuerte oposición del instinto y, más recientemente, de los ataques de la razón? Aquí es, precisamente, donde interviene la religión.

Las costumbres y tradiciones, adaptaciones no racionales al medio, pueden más fácilmente guiar la selección cuando cuentan con el apoyo del tótem y del tabú, o bien de creencias mágicas o religiosas nacidas de la tendencia a interpretar cualquier orden humano conocido en términos animísticos. Al principio, la principal función de tales constricciones sobre la acción del individuo pudo haber consistido en servir de signo de identificación entre los miembros del grupo. Más tarde, la fe en los espíritus que castigan a los transgresores reforzó la vigencia de estas constricciones. «Los espíritus se representan generalmente como guardianes de la tradi-

ción... Nuestros antepasados viven actualmente como espíritus en el otro mundo... Se enojan y nos castigan cuando no respetamos las costumbres» (Malinowsky, 1936:25).

Pero esto no es suficiente para que se produzca una verdadera selección. Es preciso, además, que estas creencias y los ritos y ceremonias asociados a ellas desplieguen su eficacia en otro nivel. Las prácticas comunes deben tener la oportunidad de producir sus efectos positivos sobre un grupo en forma progresiva antes incluso de que la selección por la evolución pueda ser efectiva. Mientras tanto, ¿cómo se transmiten de generación en generación? Al revés que las cualidades genéticas, las culturales no se transmiten automáticamente. La transmisión o no transmisión de generación en generación son contribuciones tan positivas o negativas al acervo de tradiciones como pueda serlo cualquier contribución individual. Probablemente, se han precisado muchas generaciones para asegurar la continuidad de determinadas tradiciones y su real difusión. Ciertas creencias míticas han sido tal vez necesarias para conseguir este efecto, especialmente cuando se trataba de normas de conducta que chocaban contra los instintos. Una explicación meramente utilitarista o incluso funcionalista de los diferentes ritos o ceremonias es insuficiente e incluso improbable.

Debemos en parte a las creencias místicas y religiosas —y, en mi opinión, especialmente a las monoteístas— el que las tradiciones beneficiosas se hayan conservado y transmitido al menos durante el tiempo necesario para que los grupos que las aceptaron pudieran desarrollarse y tuvieran la oportunidad de extenderlas a través de la selección natural o cultural. Esto significa que, nos guste o no, debemos en parte la persistencia de ciertas prácticas, y la civilización que de ellas resulta, al apoyo de ciertas creencias de las que no podemos decir que sean verdaderas —o verificables, o constatables en el sentido en que lo son las afirmaciones científicas, y que ciertamente no son fruto de una argumentación racional. Pienso a veces que, por lo menos a algunas de ellas y como señal de aprecio, deberíamos llamarlas «verdades simbólicas», ya que ayudaron a quienes las asumieron a «fructificar, a multiplicarse y llenar la tierra y dominarla» (*Génesis*, 1:28). Incluso aquellos, entre los que me encuentro, que no están dispuestos a admitir la concepción antropomórfica de una divinidad perso-

nal deben reconocer que la prematura pérdida de lo que calificamos de creencias no constatables habría privado a la humanidad de un poderoso apoyo en el largo proceso de desarrollo del orden extenso del que actualmente disfrutamos y que, incluso ahora, la pérdida de estas creencias, verdaderas o falsas, crearía graves dificultades.

En todo caso, la visión religiosa según la cual la moral está determinada por procesos que nos resultan incomprensibles es mucho más acertada (aunque no exactamente en el sentido pretendido) que la ilusión racionalista según la cual el hombre, sirviéndose de su inteligencia, inventó la moral que le permitió alcanzar unos resultados que jamás habría podido prever. Si reflexionamos sobre esta realidad, podemos comprender y apreciar mejor a aquellos clérigos que, en cierta medida escépticos respecto a la validez de algunas de sus doctrinas, persisten no obstante en enseñarlas ante el temor de que el abandono de la fe conduzca a una degeneración de la conducta moral. No les falta razón, y hasta el agnóstico tendrá que admitir que debemos nuestros esquemas morales, así como la tradición que no sólo ha generado la civilización, sino que ha hecho posible nuestra supervivencia, a la fidelidad a tales requerimientos, por más infundados científicamente que puedan parecernos.

La innegable conexión *histórica* entre la religión y los valores que originaron y siguen sosteniendo nuestra civilización, tales como la familia y la propiedad plural, no significa sin embargo que exista una conexión *intrínseca* entre lo religioso y esos valores. Entre los fundadores de religiones a lo largo de los dos últimos milenios no han faltado quienes se opusieran a la propiedad y a la familia. *Pero las únicas religiones que han sobrevivido han sido aquellas que defienden ambas instituciones.* Tal es la razón de que parezca poco prometedor el futuro del comunismo, contrario como es tanto a la propiedad como a la familia (y no menos a la religión). Creo, por lo demás, que el comunismo es también una religión que tiene sus días contados y que en la actualidad se encuentra en proceso de rápido declive. En los países comunistas y socialistas podemos observar actualmente cómo la selección natural de las creencias religiosas va marginando a los que son incapaces de adaptarse.

La decadencia del comunismo a que me refiero ha tenido lugar, por supuesto, principalmente en aquellos países en los que se ha aplicado, donde no ha podido menos de defraudar las utópicas esperanzas. Pero sigue vigente aún en el corazón de muchas personas que no han experimentado sus reales efectos: en ciertos intelectuales de Occidente y entre los pobres de las zonas periféricas del orden extenso, es decir en el Tercer Mundo. Entre los primeros se va abriendo paso la idea de que resulta inaceptable un racionalismo del tipo criticado en este libro. Persiste, sin embargo, la necesidad de algo firme a lo que agarrarse, y de este modo se vuelve a una curiosa versión de la dialéctica hegeliana que conduce a la ilusión de que la racionalidad puede coexistir con un sistema de creencias cerrado a toda crítica por la incuestionada entrega a una «totalidad humanística» (que, en realidad, es sumamente racionalista en el preciso sentido constructivista que hemos criticado en esta obra). En palabras de Herbert Marcuse, «la libertad real de la existencia individual (y no meramente en sentido liberal) sólo es posible en una *polis* específicamente estructurada, en una sociedad ‘racionalmente’ organizada» (citado en Jay, 1973:119. Para comprender lo que esta racionalidad significa, véase *ibidem*, 49, 57, 60, 64, 81, 125 y *passim*). En los países del Tercer Mundo, la «teología de la liberación» tal vez adopte una especie de nacionalismo que producirá un nuevo radicalismo religioso, con desastrosas consecuencias para unas gentes que ya se encuentran en una desesperada situación económica (véase O'Brien, 1986).

¿Cómo puede la religión contribuir a preservar las costumbres benéficas? Aquellas costumbres cuyos beneficiosos efectos escapaban a la percepción de quienes las practicaban sólo pudieron conservarse durante el tiempo suficiente para demostrar su positiva labor selectiva en la medida en que pudieron contar con el respaldo de fuertes creencias en poderes sobrenaturales o mágicos que contribuyeron eficazmente a desarrollar esta función. Cuando el orden de la interacción humana se hizo más extenso, cercenando de este modo las exigencias de los instintos, dicho orden pudo mantenerse durante algún tiempo debido a su completa y continua dependencia de ciertas creencias religiosas, falsas razones que influyeron sobre los hombres para que éstos realizaran lo que exigía el mantenimiento de una estructura capaz de alimentar a una población más numerosa (véase Apéndice G).

Ahora bien, así como la creación del orden extenso no fue fruto de una intencionalidad previa, así tampoco existe razón alguna para suponer que el apoyo derivado de la religión haya sido deliberadamente fomentado, o que haya existido a este respecto una especie de «conspiración». Es ingenuo suponer —especialmente si tenemos preente cuanto hemos dicho sobre la *imposibilidad* de prever los efectos de nuestros esquemas morales— que unas élites ilustradas calcularan fríamente los efectos de los distintos sistemas morales, eligieran entre ellos el más adecuado y trataran de persuadir a las masas recurriendo para ello a la «noble mentira» platónica, y, bajo los efectos de una especie de «opio del pueblo», doblegarlas a los calculados intereses de sus propias reglas. Es cierto que la elección entre distintas versiones de una creencia religiosa básica se debió a menudo a la oportunista intervención del brazo secular. Además, en muchas ocasiones, se ha apoyado a la religión por deliberados, y a veces incluso cínicos, motivos políticos; pero casi siempre se trataba de disputas circunstanciales, con escasa incidencia de fondo sobre los largos periodos evolutivos, en los cuales la cuestión de si las normas preferidas contribuyeron a incrementar la comunidad era más decisiva que cualquier cuestión acerca de si cierta camarilla dominante pudo servirse de la religión durante algún periodo determinado.

Al describir y valorar estas cuestiones surgen también ciertos problemas de lenguaje. El lenguaje ordinario no sirve para establecer con la suficiente precisión las necesarias distinciones, especialmente cuando entra en juego el concepto de conocimiento. Por ejemplo, ¿interviene el *conocimiento* cuando un sujeto se comporta habitualmente de tal modo que, sin que él lo advierta, incrementa la probabilidad de supervivencia no sólo para él y su familia, sino también para otras muchas personas que le son desconocidas, sobre todo cuando se recurre a esa práctica por motivos del todo diferentes y totalmente inadecuados? Es evidente que lo que le hizo comportarse adecuadamente no es lo que comúnmente se entiende por conocimiento racional. No podemos calificar de «emotivas» tales prácticas adquiridas, ya que es claro que no siempre obedecen a lo que legítimamente podemos denominar emociones, aunque no deja de ser cierto que algunos factores, tales como el miedo a la desaprobación o al castigo (divino o humano), son suficientes

a menudo para apoyar o preservar determinados hábitos. En muchos, si no en la mayoría de los casos, consiguieron triunfar aquellos grupos que se mantuvieron fieles a un «ciego hábito» o aprendieron a través de la enseñanza religiosa máximas como la que afirma que «la honradez es la mejor política», desplazando así a otros grupos más inteligentes que «razonaron» de otro modo. Como estrategias para la supervivencia, tanto la rigidez como la flexibilidad han desempeñado importantes papeles en la evolución biológica; y la moral que adoptó la forma de normas rígidas ha sido a veces más eficaz que otras normas más flexibles cuyos partidarios trataron de guiar su práctica, o alterar su curso, de acuerdo con determinados hechos y previsibles consecuencias, es decir recurriendo a lo que de manera más justificada cabe denominar conocimiento.

En lo que a mí respecta, debo decir que me considero en igual medida incapacitado tanto para negar como para afirmar la existencia de ese Ser sobrenatural que otros denominan Dios. Admito que no entiendo lo que con este término se pretende expresar. Por supuesto, rechazo las interpretaciones antropomórficas, personales o animísticas a través de las cuales muchos pueblos han intentado dar un significado a ese término. La concepción de un ser que actúa a la manera de los hombres o de la mente humana la considero más bien producto de la arrogante sobreestimación de las capacidades de nuestro intelecto. No puedo atribuir significado preciso a palabras que en la estructura de mi pensamiento, o en mi concepción del mundo, carecen de sentido. Por todo ello, no sería honesto por mi parte emplear tales expresiones como si expresaran una creencia religiosa.

Durante mucho tiempo he dudado si debería incluir aquí esta nota personal, pero al fin me decidí a hacerlo considerando que el apoyo de un agnóstico declarado puede ayudar a otras personas religiosas más convencidas a seguir avanzando en la búsqueda de conclusiones con las que pueda estar de acuerdo. Tal vez lo que muchos pretenden expresar al hablar de Dios es justamente una personificación de esa tradición de la moral o de los valores que hizo que su grupo pudiera sobrevivir. La fuente del orden que la religión adscribe a una divinidad concebida antropomórficamente —el mapa o la guía que enseña a moverse con éxito dentro de la

totalidad— podemos ahora interpretarla como algo no al margen del mundo físico sino como una de sus características, demasiado compleja para que cualquiera de sus partes pueda ofrecer una «imagen» o un «diseño» de la misma. Así, las prohibiciones religiosas de la idolatría, de la construcción de ídolos, están más que justificadas. Sin embargo, es posible que la mayor parte de la gente pueda concebir la tradición abstracta sólo como una Voluntad personal. Si ello es así, ¿no se sentirán inclinados a encontrar esta voluntad en la «sociedad», en una época en la que una explicación más trascendente podría ser tachada de superstición?

De esta cuestión puede depender la supervivencia de nuestra civilización.